

La nieve cae sobre los tejados envuelta en un silencio de invierno. Parapetado tras la ventana contemplo ahora el lento devenir de las estaciones mientras voy haciendo inventario de todos aquellos recuerdos que al cabo de los años fueron moldeando mi vida. Uno de aquellos monumentos que aún mantengo nítido en mi retina es la fiesta de la matanza de hace sesenta años, cuando besé a Anita por primera vez. Pero antes incluso del beso, fue el coche de unos extranjeros que apareció cruzando el puente medieval sobre el río Duero, el que precipitó el final de mi infancia. Viendo caer los copos desde mi ventana, recupero ahora mi inocencia, igual que el niño que contempla la nevada de pega que va cubriendo el pequeño mundo interior atrapado en una bola de cristal. Echando la mirada atrás veo encerrada en ese pequeño bibelot a una Anita sonriente que pide mi beso y a unos extranjeros cargados de misterio y de libros, que vinieron a alterar la rutina durante las fiestas de la matanza.

Esta es la historia de aquellos días.

Daban las cuatro de la tarde cuando un coche enorme cruzó el río dejando a un lado las murallas. Era negro como una sotana y con unas llantas tan limpias que podían usarse de espejo. Los niños que jugaban en la plaza en seguida se arremolinaron alrededor del vehículo. Se bajó una pareja joven, que llamó la atención por sus ropas: él con un gorro y una cazadora de aviador, y ella vistiendo pantalón como si fuera un hombre. Todos en el trabajo nos miramos unos a otros. No dijimos nada pero yo pensé que tanta desfachatez sólo podía proceder de unos extranjeros. Al cabo de varios segundos, por fin empezamos a romper el silencio.

- Menudo cochazo.
- Parecen actores. Ella viste igual que en las películas americanas.
- Y lleva el pelo suelto.
- ¿De dónde es esa matrícula?
- Conducía ella. ¿Os habéis fijado?
- ¡Menudo calzonazos!

- Son franceses.
- ¿Y tú qué sabes?
- Mi tío está allí. Me mandó una foto de su Citroen. La matrícula es parecida.
- ¿Tu tío? ¿Y qué hace allí tu tío?
- ¡Bueno, ya está bien! ¡A trabajar! – Palmeó el capataz como quien espanta las gallinas. Después cerró el portón. – Aún falta una hora para dar de mano. ¡Vamos!

Mientras los demás volvían de mala gana a sus ocupaciones, yo aproveché para sacar una espuerta de escombros a la calle. Entonces vi cómo los niños señalaban a lo lejos, y los franceses sonreían y les agradecían su ayuda. Me fijé en que Anita estaba entre ellos, mirando a la mujer con un embeleso que rozaba la veneración. Apostaría lo que fuera que le envidiaba su forma de andar, su perfume, su peinado, hasta sus aires de mujer libre y despreocupada. Mirándola de esa manera, Anita se imaginaba a sí misma con ese porte sensual que a los hombres nos lleva a perder la cabeza y ponernos a sus pies. Pero a Anita la quería para mí solo y por primera vez supe de verdad lo que eran los celos.

Camino de casa no se hablaba de otra cosa: que si eran los embajadores de Francia; que si eran actores y habían rodado películas con Gary Cooper; e incluso hubo quien decía que iban a ser arrestados por compartir el coche sin estar casados. La llegada de los extranjeros había revolucionado el pueblo, ahora que estábamos en vísperas de celebrar las fiestas de la matanza. Faltaban cinco días para la fiesta mayor y hasta el sacristán de la parroquia vio en la llegada de los visitantes un motivo de alegría. Él era de los pocos que sabía la razón por la que estaban allí. Nos lo contó en casa esa misma noche.

- Son reporteros de una revista cultural de París. Están rodando una serie de documentales pro toda España para contar nuestras costumbres en su país... ¡A ver si así se les pega algo de nuestro carácter piadoso! Estarán aquí hasta el día de la matanza. El obispado les ha dado permiso para grabar en la catedral del Burgo de Osma, y luego tienen previsto hacer una excursión al cañón del río Lobos. También les interesa la naturaleza, por lo que se ve.

Hizo una pausa. Miró a mi padre, luego a mi madre y después continuó, juntando las manos como si estuviera consagrando:

- El problema es que no tienen donde quedarse. La posada está llena y en el hospicio estamos ahora de traslado. Podría mediar con las autoridades para que habilitaran el Cuartel Viejo, pero lo veo difícil: allí se helarían de frío. Y la iglesia de San Miguel está descartada por razones obvias... Así que he pensado que vosotros podríais acogerlos en vuestra casa como buena familia cristiana que sois. Dios os lo tendrá en cuenta.

Mis padres aceptaron, de modo que todos mis amigos me vieron a partir de ese día con otros ojos.

Él se llamaba René y ella Audrey, según dedujimos de sus palabras y sus gestos.

La primera noche apenas hablaron. Todo eran sonrisas forzadas y gestos de asentimiento. Sólo cuando terminaron de comerse las migas y una fuente de morteruelo que resucitaba a los muertos, dijeron la primera palabra en español que todos entendimos en casa.

- Bravo..... *Très bon!*

Y nos fuimos a la cama satisfechos.

René y Audrey no debían estar casados porque no compartían habitación, pero discutían igual que un matrimonio. La segunda noche los vi a través de la puerta entreabierta. El día lo habían dedicado a rodar por los exteriores del castillo, por las calles porticadas, por los restos romanos, también a entrevistar al canónigo y a visitar la fábrica de harinas. Todo parecía haber salido bien porque los vecinos colaboramos para que hicieran su trabajo. Hasta nos vestimos de domingo y los niños se ofrecieron a llevarle los equipos de rodaje por todo el pueblo.

Pero el motivo de la agria discusión de aquella noche entre ellos se me escapaba porque desconocía su idioma. Lo que sí vi fue a Audrey señalando hacia una de las bolsas de equipaje que habían traído llena de libros. Agitaba los brazos, muy nerviosa, y elevaba la voz en un tono vehemente, mientras René replicaba mucho más calmado, señalando un punto en el mapa de la

región que poco antes había desplegado sobre el escritorio. Pero ella continuaba su perorata, cogió uno de los libros y lo escondió entre sus ropas. Y como queriendo demostrar sus argumentos, recorrió teatralmente la habitación de un lado a otro, hasta que al cabo de unos segundos, el libro que ocultaba se escurrió de su escondite y cayó al suelo. De nuevo Audrey volvió a las andadas: más voces y negaciones con la cabeza, mientras recogía el libro y lo guardaba en la bolsa de viaje junto a los demás. Después escondió la bolsa debajo de la cama.

- *Ce n'est pas possible, Ce n'est pas possible !...* - Fue lo único que entendí.

Pero René parecía tener una paciencia de entomólogo y se limitaba a mantener el dedo sobre el mapa.

- *Tout sortira bien.*- Dijo

De haber seguido en la escuela podría haber captado algo de la conversación, porque mis amigos que aún seguían yendo a clase ya empezaban a estudiar francés. Pero en casa había otras necesidades más primarias que cubrir y tuve que ponerme a trabajar.

Al día siguiente mi padre me dio permiso para acompañar a los franceses al cañón del río Lobos. Vi la cara sonriente de René y a Audrey haciendo gestos con la mano, invitándome a subir al coche. Habían cargado el equipo de rodaje y la comida que mi madre les había preparado. También el bolso con los libros. Los asientos eran de cuero, de color crema y olían a lavanda. Según el velocímetro podría alcanzar hasta los 150. Cuando lo contara a mis amigos no se lo iban a creer. Debía ser lo más parecido a viajar en avión.

Salimos de San Esteban de Gormaz. Yo voceaba como si fuesen sordos y señalaba en el mapa, gesticulando como un mago.

-¡Ca-ñón! ¡Lobos! ¡Allííí!

Pero entontes René se volvió y me dejó de piedra.

-Gracias, Guille. Cuando lleguemos, nos internaremos por el bosque hasta la ermita de San Bartolomé de Uceros y seguiremos río arriba. A ti te necesitamos para vigilar el coche hasta que volvamos. Para que no te aburras, te he traído

una caña de pescar. Sé que te gusta... Filmaremos las águilas volando en libertad y si tenemos suerte, las veremos cazar. Y antes de las cinco, estaremos de vuelta en casa. Lo pasaremos bien, ya verás.

-¿Sabéis....español?

-Sí, ¿nos guardarás el secreto? – René sonrió cómplice, pero Audrey seguía con el gesto tenso, atenta sólo a la carretera.

-Sí, claro. – Y yo, avergonzado, ya no me atreví a hablar el resto del camino.

Al llegar, cargaron con los bártulos hacia la Cueva Grande y a mí me dejaron con la caña, junto al coche, a orillas del río. No dejaba de pensar en lo mucho que debían haber estudiado para hablar dos idiomas y en el dinero que tendrían para comprar ese cochazo. Me asaltó un sentimiento desolador al pensar que yo jamás alcanzaría su nivel. Aún era joven y tenía toda la vida por delante, pero sin siquiera era capaz de pescar truchas. En las dos horas que llevaba intentándolo, no picó ninguna.

-Chico, ¿qué haces aquí? ¿Y tu padre?

Me llevé un susto de muerte. Al volverme vi a una pareja de la guardia civil, a caballo. Envolvían sus cuerpos con unas capas que les llegaban a los estribos. El vaho que acompañaba a sus palabras les daba un aspecto de ultratumba.

-Esestoy esperando a los francesesHan ido río arriba, más allá de la ermita.- Tartamudeé.

- Es el Guille, mi sargento.- Intervino el subordinado.- De los Sánchez, ya sabe, de buena familia.

El sargento hizo una pausa para digerir la información. Después continuó.

-No deberían dejarte sólo, ¿sabes, chico? Te puedes resbalar, hace frío. Aquí hay alimañas. Muchas, es peligroso. Buscaremos a esos franchutes. Se habrán creído que pueden hacer lo que les dé la gana... Vamos.

Salieron en dirección a la ermita. Yo dejé de pescar y me subí a un promontorio desde el que se divisaba todo el valle. A los guardias los perdí de

vista, sólo sentía en la cara el frío cortante y el rumor del viento. Al fondo, sobre las paredes de roca que delimitaban las hoces distinguí más allá de los árboles varias águilas colando en círculo, majestuosas, como dueñas de todo el cañón. De pronto me sentí solo y extraño en un lugar perdido en las montañas y la historia, ajeno a ese mundo hostil regido por la ley natural de los más fuertes. Ni los romanos, tampoco los moros, ni siquiera los templarios fueron capaces de conservar el enclave.

Dos horas después regresaron al coche los franceses, acompañados de la guardia civil. Respiré aliviado.

-El salvoconducto, por favor..... Los papeles.... Deben llevarlos encima.-
Ordenó el sargento.

René no parecía entender de qué iba la vaina. Y Audrey tampoco colaboraba.

-¡Documentos, do-cu-men-tos! ¡Abra el coche, por favor!

Se mascaba la tensión y yo no sabía por qué. Tampoco el motivo por el que René había dejado de entender nuestro idioma. Me vi impelido a mediar.

-Sí, René. El pasaporte, ya sabes...

Me miró con cara de estupor, no sé si por miedo, por mi atrevimiento o por estar a punto de romper la promesa de guardar su gran secreto. Entonces al fin reaccionó.

-Oh, passeport, oui, oui....Passeport!- Y en seguida abrió el coche. Los guardias registraron todo el vehículo, el maletero, el equipaje, las cámaras, hasta levantaron el capó del motor y la rueda de repuesto. No encontraron nada sospechoso, ni siquiera la bolsa con los libros que esa misma mañana René había guardado en el maletero y que después de adentrarse en el cañón, había desaparecido. Nunca supe adónde ni a quien se los llevaron. También examinaron el salvoconducto. Todo estaba en regla.

-Mire, sargento. Lleva la firma del gobernador.

Y con ese aval terminamos la excursión y regresamos a casa. Sólo entonces me sentí seguro.

Al fin llegó la fiesta de la matanza. La gente se reunía en un ambiente alegre y preparaban los barreños, las mesas y sillas, ganchos, cuchillos, el pimentón, la sal, el agua caliente y hasta paja de centeno para quemarle la piel al cerdo. El vino corría generoso de mano en mano. Hasta René se sumó como uno más. Pero antes de escanciarlo había que atrapar al marrano entre cinco o seis hombres y llevarlo a la tabla para degollarlo en medio de unos berridos que sonaban casi humanos. Yo prefería alejarme de allí mientras sacrificaban al animal, creyendo que no ver la escena espantaría mis pesadillas. Fue inútil; habría sido más efectivo taparse los oídos.

Aquel día nos habíamos reunido en el corral del Melecio, que abrevió el trance con un tajo certero, pese a los efectos del vinazo que ya empezaban a trabucarle el habla. Yo me alejé hasta el otro lado del corral y desde allí pude calcular que a la celebración habían llegado más de sesenta personas. Los franceses se colocaron en una esquina y desde allí enfocaron con su cámara para no perder detalle de la ceremonia. Desde luego, a su país iban a llevarse un testimonio inigualable de nuestra cultura. Y me sentí orgulloso.

-Hola, Guille.- Me sorprendió escuchar de pronto a mi lado la voz de Anita.

-¿Qué haces aquí? ¿Dónde estabas?

-Detrás del pilón. Es que me da pena ver morir a los cerdos. Les tomas cariño y luego...A ti tampoco te gusta, ¿verdad?

No supe qué decir durante unos segundos. Debía mostrarme fuerte y seguro de mí, pero empecé a hablar sin tener una respuesta preparada. Y eso lo notó.

-No, no es eso. Te he visto al llegar ... Te escondías aquí y he venido. Es que...

Anita sonrió poco a poco hasta dibujar unos hoyuelos en los mofletes. Estaba feliz y ya no parecía a niña. Los últimos días incluso se había quitado las coletas.

Seguro que la llegada de Audrey al pueblo había tenido mucho que ver en ese cambio.

-Anda...Mentirosillo. –Descubrió mi treta y le sonreí. Después se levantó y me tomó de la mano.- Ven, vas a ver una sorpresa.

Yo me dejé llevar mientras al fondo el cerdo ya no se quejaba. Y seguían llenando cubos con su sangre. Anita me condujo a una covacha que comunicaba a su vez con las cuadras por la puerta trasera. Nos parapetamos detrás de una bala de paja en la oscuridad del rincón, junto a la puerta por la que habíamos entrado. Y allí esperamos sentados. Tuve la sensación de asistir a la revelación e un gran secreto de la mano de Anita. Me sentí satisfecho y orgullosos de ser el elegido para compartir algo íntimo e importante para ella. Pero al instante esa percepción se diluyó. Y es que necesitaba tomar las riendas, mostrarme más activo, sobre todo ahora que ya había dejado de ir a la escuela y estaba labrándome el porvenir como un hombre. Entonces no me lo pensé y amparado en la oscuridad la besé en la mejilla.

Fue un beso largo, de respiración contenida, el que se da para comunicar lo que aún no se ha dicho en palabras. Su piel era suave y olía a jabón casero. Ella se volvió, sorprendida. Quizá no lo esperaba, pero calló. Y yo, pasados unos segundos, tampoco supe salir airoso de la situación. De pronto el arrojito para lanzarme hacia ella dio paso a un cúmulo de inseguridades que no supe afrontar. Sin dejar de sonreír bajé la cabeza, comido por la vergüenza. Ella me apretó la mano.

-Mira, mira.- Dijo señalando hacia la puerta de la covacha.

Alguien parecía estar arañando la puerta al otro lado como si quisiera levantar la capa de pintura que la cubría. Después siguió dando golpecitos. Yo miré a Anita y me agaché todavía más tras la bala de paja. Si su padre nos había visto entrar, teníamos difícil escapatoria cuando nos viera juntos en el rincón.

Poco después la puerta de la covacha se abrió con un chirrido oxidado, y dos cabritillas atravesaron el umbral a paso ligero en dirección a las cuadras. No repararon en nuestra presencia y siguieron su camino con la seguridad de la rutina. Después, la madre cruzó la entrada y levantándose sobre sus patas traseras alcanzó el pestillo con los dientes y volvió a cerrar la puerta antes de dirigirse a su refugio al ritmo del cencerro que le colgaba del cuello. Miré a Anita y ella sonrió, feliz de haberme sorprendido.

- Ellas solas se meten en la covacha todos los días. – Me informó.
- Venga, vamos a volver, que ya habrán terminado de matar al cerdo.
- ¿Qué? ¿Te ha gustado la sorpresa?

Gesticulaba con las manos imitando el paso de las cabritillas por la covacha. Los hoyuelos de sus mejillas seguían horadando su sonrisa.

- Sí, mucho.

Pero yo seguía pensando en el beso.

Esa misma tarde empezó a nevar y los franceses cargaron sus bártulos en el coche para continuar su viaje por la España del interior. Antes pasaron por mi casa y se despidieron de mis padres, agradeciéndoles la cálida acogida que les dispensamos. Pero yo no llegué a tiempo de decirles adiós ni de desearles suerte porque pasé el resto de la tarde con Anita. Con un sentimiento encontrado de alegría y decepción intentaba digerir los acontecimientos que viví durante las fiestas de la matanza. Aquella tarde aprendí que la ida está llena de misterios, de encuentros y despedidas.

- Mira lo que te han dejado.- Dijo mi madre cuando llegué a casa.

- ¿Qué es?

- No lo sé. Ábrelo tú.

Mientras deshacía el paquete volví a recuperar la ilusión del niño que fui y que yo mismo me propuse dejar atrás. Apareció entre mis manos una esfera de cristal, un mundo en miniatura que encierra el misterio de esos secretos que no se cuentan, esos secretos guardados en una bolsa de equipaje llena de libros. Un mundo de recuerdos protegidos por el cristal, el mismo que ahora

agito sesenta años después, mientras al otro lado de la ventana la nieve silenciosa extiende su manto sobre las murallas de San Esteban de Gormaz.

Nunca supe si Anita llegó a descubrir la realidad que escondía el viaje de los franceses. Tampoco le conté mi aventura con ellos en el cañón del río Lobos, ni su encuentro tenso con la guardia civil.

Después de pasar sesenta años de mi vida junto a ella, jamás se me ocurrió contárselo. Aún no sé por qué.